

Meditación

Salmo 104:34; Salmo 119:15, 23, 48, etc.

The Christian's Friend

biblicom.org

Índice

1 - La actitud de David ante Jehová	3
1.1 - Una primera condición necesaria	3
1.2 - Una segunda condición deseable	4
2 - En los Salmos se mencionan expresamente 2 temas de meditación	4
2.1 - La primera meditación se refiere al Señor mismo	4
2.2 - Contemplar la gloria del Señor	5
3 - La segunda meditación se centra en las Escrituras	5
3.1 - Las felices consecuencias de la meditación	6
3.2 - Las operaciones del Espíritu Santo en el alma	6

1 - La actitud de David ante Jehová

Con la tensión cada vez mayor de nuestra vida cotidiana, corremos el riesgo de perder de vista la necesidad de «apartarnos» para estar en la presencia del Señor. No nos referimos aquí a los momentos fijos dedicados a la lectura de las Escrituras y a la oración (que todos los creyentes se esfuerzan por tener), sino más bien a lo que se observó en David cuando, después de que Jehová, en su gracia, le comunicara su deseo de construir el templo, entró y se sentó ante Jehová. Es cierto que su corazón rebosaba, en esa actitud, de acciones de gracias, alabanzas y oraciones; pero entendemos que eso era el resultado de su meditación sobre el mensaje que había recibido. Sentado ante Jehová, las palabras de Natán penetraron profundamente en el corazón del rey, y él comprendió, como no habría podido hacerlo de otra manera, la grandeza del favor que se le había concedido a él y a su casa (1 Crón. 17). Es esta actitud del alma la que deseamos dejar a la reflexión de los que pertenecen al Señor.

Está ilustrada en las Escrituras, al principio de este artículo, con la palabra «*meditación*». El significado de esta palabra en los diferentes pasajes citados es “hablar consigo mismo” sobre el tema que ocupa la mente; y, como muestran las cuestiones tratadas, esto se haría, como en el caso de David, en presencia del Señor. Citemos otro ejemplo para mostrar su valor. En el [Salmo 73](#), vemos que Asaf estaba turbado en sus meditaciones sobre la prosperidad de los malvados. Lo discutía consigo mismo y no veía ninguna salida a su dificultad. Se sentía tentado a pensar que se trataba de una anomalía en el gobierno de Dios, y estaba lleno de perplejidad. Luego nos dice: «Cuando pensé (meditaba) para saber esto, fue duro trabajo para mí, hasta que entrando en el santuario de Dios, comprendí el fin de ellos» (v. 16-17). La lección que hay que extraer es que, para que la meditación tenga valor y sea fuente de sustento, debe practicarse en presencia de Dios, en el sentido de que dependemos de él y del ministerio de su Espíritu. De lo contrario, nos perderíamos en el laberinto de los pensamientos y las especulaciones humanas.

1.1 - Una primera condición necesaria

La primera condición necesaria es, por tanto, la calma o la tranquilidad del alma. A menos que estemos libres de preocupaciones y ansiedad, y estemos verdaderamente en paz con nosotros mismos, difícilmente estaremos en las condiciones espirituales necesarias para estar en la presencia del Señor. ¡Ay! Muchos santos queridos por el Señor están llenos de agitación, tal vez influenciados por el espíritu de una época

agitada. No son felices si no están ocupados en diversas actividades o llevados por la emoción de las reuniones. Son las “Marta” de la Iglesia de Dios y carecen del adorno de un espíritu apacible y tranquilo, que es de gran valor a los ojos de Dios.

1.2 - Una segunda condición deseable

La segunda cosa deseable es tener el oído atento, y esto solo se puede lograr cuando hay una verdadera dependencia de Dios. Lo veíamos incluso en nuestro bendito Señor, que, hablando por boca del profeta Isaías, decía: «Despertará mañana tras mañana, despertará mi oído para que oiga como los sabios» (Is. 50:4). Así, tranquilamente ante su Dios, como hombre dependiente en la tierra, su oído estaba atento para captar cada indicación de la voluntad que había venido a cumplir en este mundo. ¡Ah! Cuánto *nos* faltan porque no esperamos así tranquilamente, con los ojos levantados, meditando en el santuario.

2 - En los Salmos se mencionan expresamente 2 temas de meditación

2.1 - La primera meditación se refiere al Señor mismo

El primero es el Señor mismo. Examinemos el pasaje: «A Jehová cantaré en mi vida; a mi Dios cantaré salmos mientras viva. Dulce será mi meditación en él; yo me regocijaré en Jehová» (Sal. 104:33-34). El salmista, como vemos, comienza con la alabanza: se regocija en Jehová y hace resonar una melodía en su corazón. Esto le lleva a contemplar a Aquel ante quien se inclina en adoración y, lleno del sentimiento de Su belleza y Su excelencia, «medita», con un placer exquisito, en la visión bienaventurada que se alza así sobre su alma. Si algunos se sienten tentados a considerar esto como un lenguaje extravagante, que recuerden que es cuando nos acercamos al Señor cuando Él se acerca a nosotros, cuando se regocija en revelarse al corazón que le espera y en colmarlo con el sentimiento de su presencia y de su amor. Ojalá sepamos más sobre esto; pero no dudéis de que, si entráis en su presencia de esta manera, vuestra meditación sobre él será dulce y os regocijaréis en el Señor.

2.2 - Contemplar la gloria del Señor

Cabe añadir otra cosa al respecto. No solo habrá gozo para el alma, sino que también habrá un poder transformador que brotará de su presencia. ¿Qué quiere decir el apóstol?, cuando dice: «Todos nosotros a cara descubierta, mirando como en un espejo la gloria del Señor, vamos siendo transformados a su misma imagen, de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor» (2 Cor. 3:18). Es cierto que contemplar es meditar en su gloria, y para ello debemos estar delante de Él. Como leemos en otra parte, crecemos «por» el conocimiento de Dios, y este conocimiento lo obtenemos de la revelación que Él ha querido hacer de sí mismo en Cristo. Toda su gloria resplandece ahora en el rostro del Hombre glorificado (que es también el Hijo de Dios) a su derecha. La meditación es, por tanto, esencial para crecer en la conformidad con Cristo. No se puede insistir lo suficiente en este punto, en una época en la que la adquisición del conocimiento de la verdad se ha vuelto tan fácil. Pero es el conocimiento de **Él mismo** lo que necesitamos, y en una medida cada vez mayor; y esto solo se obtiene mediante una meditación intensa, que conduce a una intimidad cada vez mayor con él mismo. ¡Qué posibilidades se abren en esta dirección en estas maravillosas palabras!: «Conozco a mis ovejas, y mis ovejas me conocen. Como el Padre me conoce a mí, así también yo conozco al Padre» (Juan 10:14-15).

3 - La segunda meditación se centra en las Escrituras

En el [Salmo 119](#), la meditación se centra en las Escrituras: los preceptos, los estatutos, las palabras. Pero antes de poder ser como el salmista en este sentido, y ser encontrados meditando en la Palabra de Dios, se necesita otra cosa.

Leemos en el versículo 16: «Me *regocijaré* en tus estatutos; no me olvidaré de tus palabras». Y también: «Porque tu ley es *mi delicia*» (v. 77). Además, dice: «Cánticos fueron para mí tus estatutos en la casa en donde fui extranjero» (v. 54). Todo esto da testimonio de un estado de ánimo que a menudo solo se alcanza después de mucho ejercicio y numerosas experiencias. A veces, incluso después de la conversión, leemos las Escrituras solo por sentido del deber; y siempre será así, en mayor o menor medida, cuando no se aprecia la libertad de la gracia. Otros leerán la Biblia con avidez, pero principalmente para aprender su contenido, para adquirir conocimientos. En ninguno de estos casos será posible la meditación de nuestro Salmo. Pero cuando el Señor mismo se convierte en el objeto que absorbe nuestros corazones, y oímos

su voz familiar hablarnos a través de su Palabra, tan real como cuando hablaba a sus discípulos en la antigüedad, nos sentamos bajo su sombra con gran gozo, y su fruto es dulce a nuestro paladar (*Cant. 2:3*). Entonces, a menudo nos perderemos en la meditación de sus maravillosas palabras, palabras que contienen las benditas revelaciones de sí mismo, de su amor y de su gracia.

3.1 - Las felices consecuencias de la meditación

Esto lo comprenderá toda alma sencilla, porque una vez que Cristo esté encajado en nuestros corazones, desearemos ardientemente complacerlo en todas las formas posibles; y la única manera de lograrlo es aprendiendo de sus propias palabras. El apóstol Pablo escribe así a los colosenses: «Por esto [...] no cesamos de orar y pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad, en toda sabiduría e inteligencia espiritual, para que andéis como es digno del Señor, con el fin de agradecerle en todo» (*Col. 1:9-10*).

Y el Señor mismo dijo: «Si me amáis, guardad mis mandamientos» (*Juan 14:15*). Por lo tanto, deseando agradecerle, buscaremos con fervor en su Palabra cuál es su voluntad y cuáles son sus mandamientos, y una vez que los hayamos determinado, los meditaremos una y otra vez, para comprender su alcance y aplicación. Así nos alimentaremos de la Palabra de Dios y la digeriremos, asaremos lo que hemos cazado (*Prov. 12:27*), porque hemos aprendido en cierta medida que el hombre no solo vive de pan, sino de toda Palabra que sale de la boca de Dios.

3.2 - Las operaciones del Espíritu Santo en el alma

También hay que tener en cuenta que es mientras meditamos cuando el Espíritu Santo es más activo en la comprensión y la aplicación de la Palabra de Dios. A veces, cuando estamos tranquilamente ante el Señor, meditando su Palabra en nuestra alma, una luz repentina parece penetrar en lo más profundo de ella y revelar sus significados ocultos. Solo el Espíritu escudriña todas las cosas, sí, las cosas profundas de Dios; por lo tanto, debemos dejar espacio para su actividad, y es en la meditación donde esto se hace mejor. Al mismo tiempo, cuando la Palabra nos es revelada de esta manera, debemos tener cuidado de no caer en el error de suponer que hemos captado todo su significado. La Palabra de Dios es divina e infinita, por lo que puede tener infinitos significados, así como una gran variedad de aplicaciones. Pero no

puede haber contradicción en las diferentes interpretaciones que se pueden extraer de ella con razón. Todo estará en perfecta armonía, porque si todas son enseñanzas del Espíritu de Dios, todas serán expresión del espíritu divino. Todo espíritu espiritual lo reconocerá; y solo tenemos que añadir que cuanto más tiempo libre tengamos para la meditación, si esta depende realmente de la enseñanza del Espíritu Santo, más íntimo será nuestro conocimiento del Señor mismo y mayor será nuestra comprensión de su Palabra.

“Lo importante primero”. Es decir, los intereses y las exigencias de Dios deben ocupar siempre el primer lugar.